



**INÉS HOJAS GARCÍA-PLAZA
MARÍA PILAR IRANZO ALCOLEA
ISABEL JUBERÍAS ALZUETA**

CURSO 2º B DE E.S.O.

**COORDINADOR: JOSE CARLOS COBO
I.E.S. JOSE LUÍS SAMPEDRO. TRES CANTOS. MADRID**

2008-2009

ÍNDICE

I. JUSTIFICACIÓN	2
II. INTRODUCCIÓN	3
III. PRIMERA PARADA: CATEDRAL DE JACA	5
IV. SEGUNDA PARADA: SAN MARTÍN DE FRÓMISTA	9
V. TERCERA PARADA: SAN ISIDORO DE LEÓN	11
VI. CUARTA PARADA: SANTIAGO DE COMPOSTELA	16
VII. LA DESPEDIDA	19
VIII. BIBLIOGRAFÍA	20

I. JUSTIFICACIÓN

Hemos decidido realizar este trabajo porque en él podíamos analizar distintos aspectos que hemos estudiado este curso en la materia de Ciencias Sociales: Feudalismo, Arte Románico, la Reconquista en la Península Ibérica, Renacimiento Urbano en el siglo XIII, etc.

Ese conocimiento, aprendido en el aula, añadido al que hemos obtenido como consecuencia de nuestra búsqueda de información - tanto oral como escrita - nos ha permitido reunir un conjunto de datos sobre el mundo medieval, tanto en su faceta artística como histórica.

La narración ha sido la forma de expresión elegida –más concretamente el cuento- pues nos parecía que podía proporcionar originalidad y amenidad a lo expuesto. Además, hemos tenido en cuenta el valor didáctico que conlleva.

En su elaboración hemos intentado transmitir, de forma clara, tanto la forma de vida como las costumbres y el medio en el que habitaron y se desarrollaron los distintos grupos sociales de la época.

Como conclusión, este trabajo ha sido una experiencia interesante, a la que hemos dedicado mucho tiempo pero también mucha ilusión. Nos ha enseñado la importancia que tiene trabajar en equipo, hemos aprendido a valorar el esfuerzo, a recopilar información a través de diferentes medios (libros, enciclopedias, bibliotecas, revistas...), a elaborarla y a transmitirla. En definitiva, que hemos conocido mejor nuestra cultura y el legado histórico que posee nuestro país.

Consideramos importante destacar la relevancia e influencia que ha tenido y tiene el Camino de Santiago, no sólo en España sino en todo el mundo, por su interés religioso, artístico, histórico y cultural.

Así mismo, queremos dejar constancia del esfuerzo y de la dedicación que cualquier escritor tiene que realizar cuando concibe una obra, pero también la satisfacción que debe sentir cuando ésta llega a todo tipo de lectores, que aprenden y se divierten con ella.

II. INTRODUCCIÓN

Mi nombre es Mateo, soy monje en el monasterio de Santa María de Ripoll desde hace diez años y he decidido dejar por escrito la experiencia vivida junto a mis dos compañeros hace ahora un año.

Dicha experiencia se vincula al Camino de Santiago, un camino que decidí emprender llevado por mi devoción al Apóstol Santiago, que evangelizó tierras hispanas. Nunca me hubiera imaginado la belleza de los lugares por los que hemos caminado: parajes llenos de encanto, castillos que dominan con su presencia desde lo alto de las colinas, monasterios en los que pude admirar la belleza de sus iglesias y claustros, así como sentir la hospitalidad de aquellos monjes que nos recibieron para darnos comida y refugio.

Tampoco olvido los valores transmitidos por gentes venidas de todas partes de Europa, desde la vecina Francia hasta el norte de Italia pasando por Centroeuropa. Todas las personas con las que contactamos nos enseñaron sus costumbres, sus tradiciones y su forma de entender la vida. Juntos emprendíamos cada día, llenos de alegría e ilusión, el camino que nos conduciría finalmente a Santiago de Compostela.

En este punto del relato quiero presentar a los dos compañeros que han compartido día a día conmigo la peregrinación:

· Froilán es un campesino procedente de una pequeña aldea aragonesa, cerca del castillo de Loarre. Vive junto a su mujer y a sus tres hijos en un pequeño feudo, próximo a un río, al servicio de su señor, el conde de Bellavista. Su rutinaria vida consistía en la realización de tareas agrícolas y se vio alterada cuando decidió emprender el camino hacia Santiago. Su mujer e hijos le esperaron pacientemente hasta su regreso.

· Mi otro compañero de viaje se llama Pierre, un maestro artesano de la zona de Burdeos que dispone de taller propio en el que trabajan, siguiendo sus directrices, dos jóvenes oficiales y un aprendiz de tan sólo siete años.

Viajé durante una semana desde mi monasterio hasta un lugar llamado Puente la Reina para iniciar en este punto el camino hacia Santiago. Era una ciudad muy concurrida puesto que en ella confluían los peregrinos procedentes de las dos rutas francesas.

Recuerdo que el camino lo inicié un día frío del mes de octubre de 1280. Estaba junto a una fuente y me disponía a coger agua y a emprender el camino cuando se acercó a mí un hombre de mediana estatura, robusto, de rostro curtido y gesto entrañable. Me fijé en sus manos y estaban muy estropeadas, pero con el tiempo entendería por qué sus manos estaban en tan mal estado: era campesino y desde niño había trabajado la tierra en el mismo feudo en el que sus padres y abuelos habían nacido.

Junto a la fuente, Froilán me preguntó si conocía alguna hospedería cercana donde pasar la noche. Tras hablar con él unos minutos me di cuenta de que era una persona muy cordial y amena. Pronto entablamos amistad y decidimos emprender juntos el camino, al menos las primeras etapas que nos conducirían hasta tierras leonesas.

Froilán había iniciado el camino dos días antes y ya había visitado la catedral de Jaca, así que le pedí que me describiera aquello que más le había llamado la atención. Como la inmensa mayoría de las personas de su misma condición social, Froilán no sabía ni leer ni escribir pero en su memoria retenía con exactitud todas las escenas representadas en los tímpanos y capiteles, así como las pinturas murales que decoraban los muros y ábsides de las iglesias.

III. PRIMERA PARADA: CATEDRAL DE JACA.

Lo que más le había llamado la atención de la catedral de Jaca fue el pórtico de entrada a la misma, muy próximo a una fortaleza militar conocida con el nombre de la Ciudadela. En el tímpano de la portada vio un anagrama rodeado de un círculo y dos leones a cada lado. En un principio él no entendió el significado de ese anagrama, pero a su lado se encontraba visitando la catedral un clérigo que rápidamente comprendió el sentido de aquella representación. El clérigo explicó a Froilán que se trataba de un Crismón (*Foto 5 Anexo*), es decir, un anagrama compuesto por las dos primeras letras del nombre de Cristo en griego (X P). El Crismón del tímpano de Jaca está rodeado por un círculo dividido en ocho partes que simbolizan, tal y como explicó el clérigo a Froilán, la eternidad; y en él hay, además, ocho margaritas, de diez pétalos cada una de ellas, que representan el Paraíso. A la derecha del Crismón aparece un león que tiene bajo sus garras un oso y un basilisco con cabeza de gallo. El clérigo explicó a Froilán que el león simbolizaba a Cristo venciendo a las fuerzas del mal. Al otro lado aparece otro león que también representa a Cristo protegiendo al pecador arrepentido.

Después de la contemplación del tímpano, Froilán entró en la catedral y vio ante sus ojos tres grandes naves, la central más ancha que las laterales, y tres ábsides alineados con las naves. Le llamó la atención que los pilares que separaban las naves fueran distintos unos de otros; unos tenían forma cilíndrica y otros eran pilares cruciformes (*Foto 4 Anexo*).

Recorrió las naves y, al levantar la vista hacia arriba, descubrió que la cubierta era de madera y que sobre el crucero había una bóveda octogonal muy similar a las que él había visto anteriormente en iglesias mudéjares¹.

¹ Buesa Conde, Domingo, "Jaca Monumental", Ed. Everest, León, 1998.

Ya comenzaba a anochecer cuando Froilán concluyó su narración. Habíamos acordado iniciar el camino a la mañana siguiente, así que decidimos buscar alojamiento en una hospedería cercana a Puente la Reina.

Junto a la ventana descubrimos a un hombre pensativo que nos miró fijamente. Por el atuendo que llevaba entendimos que también era un peregrino dispuesto, como nosotros, a emprender el camino.

A la hora de la cena, cuando estábamos sentados a la mesa dispuestos a compartir un trozo de pan y queso, el hombre que anteriormente habíamos visto junto a la ventana se acercó a nosotros solicitándonos por favor que le diéramos información sobre cómo llegar al próximo punto del camino.

Rápidamente descubrí el origen francés del peregrino pues, aunque hablaba perfectamente castellano, su acento denotaba esta procedencia. Pierre, que así se llamaba, era un hombre al que le gustaba narrar leyendas y cuentos inventados. Su voz era muy dulce y embelesaba a todo el que le escuchaba. Esa noche, durante horas, Pierre nos explicó a qué se dedicaba y la forma que tenía de ganarse la vida. Nos contó que era maestro artesano en la ciudad francesa de Burdeos.

Ya de madrugada decidimos irnos a dormir para descansar unas horas antes de comenzar la marcha al día siguiente. Todavía no éramos conscientes de la gran amistad que nos iba a unir de por vida, y todo gracias al Camino.

No había salido el sol cuando abandonábamos Puente la Reina llenos de ilusión. Transcurrían los días sin grandes sobresaltos y, aunque caminábamos durante muchas horas, no notábamos el cansancio acumulado y continuamente mirábamos a nuestro alrededor y disfrutábamos con cada paisaje, con cada anochecer y con cada amanecer.

Justo a la entrada de Nájera nos vimos sorprendidos por un hombre vestido con una túnica que le cubría hasta los pies. Se llamaba Abd-al-Rahman y era uno de los pocos árabes que vivían en dicha ciudad. Conocía muy bien el camino de Santiago pues por aquel lugar pasaban muchos peregrinos cada día. Era un hombre muy tolerante pero al ser de religión islámica nunca se había planteado la idea de hacer el Camino.

A lo largo de nuestro recorrido conocimos a muchas personas como Abd-al-Rahman lo que no era de extrañar, puesto que esta región peninsular había sido de dominio islámico durante varios siglos.

Muy cerca de Nájera se encontraba la catedral de Santo Domingo de la Calzada. De ella nos llamó la atención especialmente la cabecera poligonal que rodeaba el presbiterio y las tres grandes naves, divididas en cuatro tramos, en las que se agolpaban numerosos peregrinos. Uno de ellos nos habló de una leyenda relacionada precisamente con la catedral de Santo Domingo. Dicha leyenda relata la siguiente historia:

Una familia de peregrinos había llegado hacía muchos años al albergue de Santo Domingo de la Calzada. La componían un matrimonio y su hijo adolescente. Una de las criadas del albergue se enamoró del chico, pero éste no quiso mantener con ella ninguna relación. La criada, despechada e indignada, escondió una copa de plata entre el equipaje de la familia y al día siguiente, al reemprender la marcha, ella misma denunció la desaparición de la copa. Ésta fue encontrada poco después entre la ropa del muchacho. Las autoridades condenaron al joven por haber robado el preciado objeto. La condena impuesta fue la horca. A pesar del gran dolor que sentía la familia continuaron el Camino pero, tras varios días, decidieron volver al lugar donde su hijo fue ahorcado para enterrar el cuerpo. ¡Cuál no sería su sorpresa al descubrir el cuerpo de su hijo aún con vida! Rápidamente fueron en busca del alcalde, al que solicitaron que descolgaran a su hijo.

El edil estaba a punto de comerse unas suculentas gallináceas y bromeó ante la familia diciendo que el chico estaba tan vivo como las gallináceas que él iba a degustar. En ese mismo instante, el gallo y la gallina se cubrieron milagrosamente de plumas y salieron cacareando hacia el corral.

El muchacho inocente, tras este fantástico suceso, fue descolgado y pudo proseguir el Camino junto a su familia, no sin antes haber agradecido el milagro a Santo Domingo.

Desde ese momento, en la catedral de Santo Domingo de la Calzada se encuentran, en la zona del presbiterio, un gallo y una gallina vivos que hacen recordar a los peregrinos la famosa leyenda que acabo de relatar.²

A pesar de que nos movía una gran ilusión interior no fueron pocas las penurias por las que tuvimos que pasar, principalmente porque a estas alturas del año el frío era ya muy intenso. Nuestras ropas no nos abrigaban suficientemente y las noches en las que no encontrábamos hospedería para dormir nos veíamos obligados a realizar una hoguera para calentarnos en torno a ella.

Precisamente estando un anochecer junto al fuego se acercó un caballero que se dirigía a tierras leonesas. Desmontó del caballo y se aproximó a nosotros para compartir el calor que se desprendía de la hoguera. Tras varias horas de conversación, el relato que nos resultó más interesante fue el referido a la batalla de las Navas de Tolosa, en la que había participado su abuelo hacía ya siete décadas. Esa batalla queda en la memoria de todos nosotros porque significó un avance importante en la expulsión de los islámicos del territorio peninsular. Su abuelo había participado directamente a las órdenes del rey Alfonso VIII de Castilla.

Estos relatos fueron enriqueciéndonos poco a poco, de tal forma que al llegar a Santiago nos sentimos orgullosos no solamente por haber concluido nuestro viaje, sino también por el bagaje cultural que fuimos adquiriendo.

Transcurrieron dos semanas sin ningún acontecimiento importante que mencionar hasta que llegamos a San Martín de Frómista.

² ATIENZA, Juan G., "Leyendas del Camino de Santiago", Ed. EDAF, Madrid 1998.

IV. SEGUNDA PARADA: SAN MARTÍN DE FRÓMISTA.

Cuando estuvimos frente a la iglesia de San Martín de Frómista, lo primero que llamó nuestra atención fue la perfecta articulación de todos los volúmenes exteriores formando un conjunto muy armónico (*Foto 8 Anexo*).

Inmediatamente nos fijamos en las dos torres circulares situadas a ambos lados de la entrada principal. Para nosotros no era habitual encontrar torres-campanario de estas características. Los sillares que conforman los muros de piedra eran muy regulares.

Una vez dentro, observamos tres naves, siendo la central más ancha que las laterales y de mayor altura. Los pilares que separaban las naves tenían forma de cruz y parecían muy resistentes para soportar el peso de las bóvedas semicirculares que cubrían dichas naves. También los muros debían de ser muy resistentes, puesto que en ellos había contrafuertes adosados.

En la zona del crucero descubrimos una gran torre poligonal con ventanas que permitían la iluminación de este espacio. La cabecera estaba formada por tres ábsides semicirculares siendo el central más grande que los laterales (*Foto 7 Anexo*).

Llamó también nuestra atención la belleza de los capiteles, esculpidos la gran mayoría con motivos vegetales.

Ya en el exterior y justo antes de marcharnos, reposamos nuestra mirada en los canecillos sobre los que apoyaban los aleros del tejado. Sumaban más de trescientos y presentaban formas monstruosas y seres fantásticos.³

³ www.arsvirtual.com

Habían ya transcurrido cuatro meses desde que partimos de Puente la Reina y nos dirigíamos hacia las montañas de León, donde sabíamos que nos esperaban días muy duros pues el frío era aún más intenso en estas tierras. Uno de los peligros que más nos inquietaba era ser atacados por una manada de lobos. Estos animales constituían una seria amenaza para todos nosotros. Las hospederías recomendaban no emprender la marcha hasta que hubiera amanecido, y también llegar a los destinos antes del anochecer, todo con el objetivo de no caminar a oscuras y poder estar alerta ante el ataque de cualquier lobo.

Poco antes de llegar a la ciudad de León, nos cruzamos en el Camino con un mozárabe que había huido del Reino Nazarí de Granada cuando las persecuciones de los gobernadores islámicos comenzaban a ser más frecuentes contra los cristianos que durante siglos habían convivido en paz en Al-Andalus.

Rodrigo, que así se llamaba nuestro compañero mozárabe, nos recomendó detenernos al menos dos días en la ciudad de León y visitar en sus inmediaciones la iglesia de San Isidoro. Él ya había concluido su peregrinación y regresaba a Logroño, lugar en el que se había instalado con su familia después de su huida del Reino Nazarí. Por tanto, se encontraba realizando el Camino en sentido inverso a nosotros.

V. TERCERA PARADA: SAN ISIDORO DE LEÓN.

Una de las iglesias en la que nos detuvimos más tiempo fue la de San Isidoro de León. Es especialmente importante porque en ella se encuentran enterrados reyes, reinas e infantes de Castilla.

Está dedicada, como su nombre indica, a San Isidoro, pues los restos de este santo habían sido trasladados hacía dos siglos desde Sevilla hasta esta iglesia.

El párroco, que nos sirvió de guía, nos explicó que, de la primitiva iglesia de San Isidoro, tan sólo quedaban algunos vestigios como el Panteón Real, los pórticos laterales y los dos primeros tramos de la torre.

El primer sitio al que nos llevó fue al Panteón de Reyes. Éste era un espacio cuadrado, aproximadamente de ocho metros de lado, situado al este de la iglesia. Nos impresionaron las pinturas que recubrían las bóvedas del Panteón pues no habíamos visto nada igual en ninguna de las iglesias que hasta ahora habíamos visitado. Las escenas eran muy narrativas y tenían un color muy vivo y luminoso. Según las observábamos, comprendí enseguida el mensaje que cada una de ellas quería transmitir. Recuerdo que en la bóveda central había representado un Pantocrátor con tetramorfos, es decir, la imagen de Cristo creador del mundo acompañado de los cuatro animales simbólicos de los evangelistas. En la bóveda de la derecha estaba representado el anuncio a los pastores del nacimiento de Cristo. En esta escena aparece un ángel junto a unos pastores; uno de ellos es representado tocando un instrumento mientras el otro da de comer al perro que acompaña a su rebaño (*Foto 14 Anexo*).

En la bóveda izquierda se representa la imagen de Cristo según el Apocalipsis de San Juan. Cristo está sentado en el trono, con la espada de dos filos en la boca y entregando a un ángel el Libro Sagrado. Al otro lado aparece San Juan arrodillado ante los pies de Cristo (*Foto 14 Anexo*).

En las otras tres bóvedas del segundo tramo pudimos ver: En la central, la representación de la Última Cena. Jesús aparece en el centro de la composición y, a su lado, San Juan reclinado sobre su pecho y señalando al traidor Judas ante la sorpresa de San Pedro. A ambos lados de esta

composición central se disponen el resto de los apóstoles, que comen y hablan apaciblemente.

En la bóveda derecha de este tramo, se narra la degollación de los inocentes. En un lateral aparece el rey Herodes decretando la matanza y, junto a él, se representa el sacrificio de los niños.

En la bóveda izquierda, las pinturas aluden a la Pasión de Cristo. En el centro de la composición se representa el prendimiento de Cristo y en los ángulos aparecen las escenas de la negación de San Pedro, el llanto de San Pedro y el lavatorio de Pilatos.

En uno de los muros del Panteón pudimos observar un ciclo de pinturas sobre la infancia de Cristo: Anunciación, Visitación, Nacimiento, Adoración de los Reyes Magos, Presentación en el templo y Huida a Egipto.

En la pared de enfrente se representa la escena de la Crucifixión. En ella aparece Longinos en el momento de clavar su lanza en el costado del Señor. Completan la composición las figuras del rey Fernando II y la reina Urraca López, tercera esposa del monarca. El párroco de San Isidoro nos explicó que la decoración pictórica del Panteón fue realizada en tiempos de estos monarcas, a finales del siglo XII.

Pierre, que había contemplado muy atentamente y en silencio las representaciones, nos dijo al terminar la visita al Panteón que las pinturas tenían una gran semejanza con las de otros ciclos pictóricos que él había visitado en Francia. Esta conexión es fácil de entender pues muchos artistas que trabajaron en las iglesias del Camino habían contactado con artistas de otros lugares de Europa y, por tanto, un mismo estilo pictórico podía ser compartido entre iglesias muy alejadas entre sí.

Una vez visitado el Panteón, nos dirigimos hacia la iglesia. La planta de la misma tenía forma de cruz latina, con tres naves separadas entre sí por pilares cruciformes y cubiertas por bóvedas que los canteros llaman de cañón. Los muros de la iglesia están reforzados por contrafuertes exteriores. En el crucero, lugar en el que precisamente se cruzan los dos brazos de la planta de la iglesia, había dos arcos que los islámicos llaman lobulados. Nueve ventanas en la parte inferior y quince en la parte superior dan luz a la iglesia. Todas ellas tenían arcos semicirculares que reposaban en columnillas con capiteles

esculpidos. En la cabecera había tres ábsides semicirculares, siendo el central más grande que los dos laterales (*Foto 10 y 11 Anexo*).

Una vez en el exterior nos detuvimos para apreciar las dos portadas situadas a cada lado del crucero. Una es la que llaman puerta del Cordero, que recibe este nombre por el Cordero simbólico que preside el tímpano y que reposa sobre dos ménsulas que representan cabezas de carnero. Dos ángeles sostienen este Cordero que representa a Cristo. Debajo de esta escena nos encontramos con otras representaciones tomadas de la Biblia como, por ejemplo, el sacrificio de Isaac. La última archivolta de la portada tiene una decoración característica que se denomina ajedrezado y que ya habíamos visto en otras muchas iglesias del reino de Aragón. Las dos archivoltas interiores presentan, por el contrario, decoración de tipo vegetal.

La otra portada es la que los peregrinos denominan Puerta del Perdón. En el tímpano se representan diversas escenas bíblicas; las dos principales aluden al Descendimiento de Cristo y a la Ascensión de Cristo a los Cielos. A un lado y otro de las archivoltas aparecen dos esculturas en bajorrelieve que representan a San Pedro y San Pablo.

A punto de concluir nuestra visita, Froilán llamó nuestra atención sobre las escultrillas con forma de seres fantásticos que recorrían el alero de la cubierta exterior del edificio, muy similares a los que ya habíamos visto en la iglesia de San Martín de Frómista meses atrás.⁴

⁴ VIÑAYO GONZÁLEZ, Antonio, "Real Colegiata de San Isidoro", Ed. Edilesa, León, 2004.

Ya era el mes de marzo cuando entramos en tierras gallegas. Habíamos dejado atrás el intenso frío invernal y la nieve comenzaba a derretirse, haciendo aumentar el caudal de los riachuelos que encontrábamos en nuestro camino.

Ya no era imprescindible la capa que nos había protegido de las lluvias meses atrás. En cambio, la vara de avellano seguía prestándonos gran ayuda a la hora de ascender por las colinas.

A estas alturas del año, los campos comenzaban a sembrarse y el color verde dominaba en el horizonte conforme avanzábamos.

En una de nuestras paradas, aprovechando que estábamos cerca de nuestro destino definitivo recordé la leyenda que explica el origen de la peregrinación a Santiago. Dicha leyenda se la expliqué a mis compañeros de la siguiente manera:

En el siglo IX, vivía en la soledad de los bosques gallegos, muy próximos a Iria Flavia, un monje penitente llamado Pelayo. Un día del año 813, Pelayo se presentó ante el obispo Teodomiro, para contarle que había visto multitud de estrellas saliendo de un monte, que con el tiempo se denominaría "Pico Sacro". El obispo quiso conocer el lugar exacto de donde partían tantas estrellas. Una vez que llegaron a dicho lugar, talaron el bosque, escarbaron la tierra y encontraron una tumba principal y otras dos más pequeñas a su lado. En la tumba principal, había una inscripción que decía lo siguiente: "Aquí yace Jacobo, hijo de Zebedeo y Salomé y hermano de Juan". Todos los que estaban allí presentes entendieron que se trataba de la tumba del apóstol Santiago, y que las otras dos tumbas, se correspondían con las de sus discípulos Teodoro y Atanasio.

Tras el hallazgo milagroso, el rey Alfonso II mandó construir una capilla para proteger aquellos restos sagrados. La noticia se expandió como la pólvora por todo el mundo cristiano, y muy pronto comenzaron a llegar los primeros peregrinos de Europa occidental para visitar la tumba del apóstol.

El relato de esta leyenda le hizo recordar a Pierre otra relacionada con el culto a Santiago y que enlazaba precisamente con ésta. Pierre creyó conveniente contárnosla. Decía así:

El apóstol Santiago había sido decapitado en el año 47. Sus discípulos, ante el temor de que el cuerpo pudiera ser apresado por los romanos, decidieron depositarlo en una barquichuela, que no disponía siquiera de timón, acompañado de sus fieles discípulos Teodoro y Atanasio. La barca se alejó de Tierra Santa y se adentró en alta mar. Tras varios meses llegó a las costas gallegas. Gobernaba aquel territorio una reina pagana llamada Lupa. Ante ella se presentaron los dos discípulos de Santiago solicitando un lugar para enterrar a su maestro. La reina, incrédula ante este relato, quiso ver con sus propios ojos el cuerpo del apóstol. Se llenó de asombro al descubrir el cuerpo incorrupto del Santo. Éste desprendía un agradable aroma y la roca sobre la que habían depositado su cuerpo se había fundido como si fuera de cera. La reina dispuso que el cuerpo fuera trasladado sobre una carreta, la cual fue arrastrada por dos toros que hicieron las veces de mansos bueyes. Los toros echaron a andar sin que nadie les indicara el camino. Tras varios kilómetros se detuvieron, sin que nadie les indicara nada, en un lugar próximo a una vieja fortaleza.

La reina cumplió su promesa y permitió que el Apóstol fuera enterrado en aquel mismo lugar y que los discípulos se quedasen en él para cuidar de la tumba. Así lo hicieron, hasta que la muerte llegó a buscarlos. Con el paso del tiempo la gente olvidó el lugar exacto donde había sido enterrado Santiago.⁵

Tuvieron que transcurrir tres días hasta que divisamos a lo lejos nuestro ansiado destino: *Santiago de Compostela*. En ese momento apretamos con fuerza la concha que nos había acompañado durante todo el recorrido. La venera es el símbolo de los peregrinos y todos la llevábamos a la vista como seña de identidad.

Lo que más llamó nuestra atención fue la gran diversidad cultural que encontramos en la ciudad. Había gentes venidas de todas partes de Europa y lo más interesante fue descubrir cómo éramos capaces de averiguar su procedencia a través de la lengua que hablaban, las costumbres que tenían o la vestimenta que les cubría.

Mientras hacíamos tiempo para escuchar misa en la catedral, decidimos recorrer las calles de la ciudad. Eran calles estrechas y laberínticas que partían

⁵ ATIENZA, Juan G., "Leyendas del Camino de Santiago", Ed. EDAF, Madrid 1998.

de un núcleo principal constituido precisamente por la catedral y el ayuntamiento. Como en toda ciudad cristiana, una muralla delimitaba su trazado. Las casas eran de dos alturas y construidas, la mayoría de ellas, con madera, adobe y ladrillo. Pocas construcciones eran de piedra. Algunas casas tenían en la planta baja talleres artesanos, en los que también se vendían los productos elaborados, siempre bajo la supervisión de los gremios. Pierre sintió nostalgia de su ciudad y del propio taller que él dirigía; habían pasado ya muchos meses desde que salió de Burdeos.

A las doce en punto de esa mañana nos encaminamos hacia la catedral. A continuación, me dispongo a relatar la impresión que nos causó su visita.

VI. CUARTA PARADA: SANTIAGO DE COMPOSTELA.

Según cuentan nuestros antepasados la primitiva iglesia de Santiago de Compostela se remonta al siglo IX, pero dicha iglesia fue destruida en el siglo X por las tropas de Almanzor durante el primer período de la Reconquista. Poco después la iglesia se reconstruyó rápidamente, pues volvía a ser consagrada en el año 1002. Sin embargo, ni sus dimensiones ni su estilo eran los más apropiados para convertir Santiago de Compostela en un gran centro de peregrinaciones.

Surgió entonces la necesidad de edificar una nueva catedral que respondiera a las necesidades de los peregrinos y se convirtiera en símbolo de la Cristiandad.

Fue el obispo Diego Peláez quien promovió el inicio de las obras hacia el año 1075. Los maestros Bernardo y Roberto dirigieron la construcción de la catedral durante los primeros años. Otro maestro destacado fue el maestro Esteban que, junto al maestro Mateo, contribuyó a la definición final del edificio.

La construcción de la catedral se interrumpió durante unos años hasta que, a finales del siglo XI, las obras fueron de nuevo impulsadas por el obispo Diego Gelmírez. En el primer tercio del siglo XII la catedral estaba ya prácticamente terminada.

Cuando entramos en la catedral lo primero que sentimos fue un intenso olor a incienso. Estaba llena de peregrinos y, como la misa había comenzado, decidimos recorrer una de las naves laterales hasta llegar al crucero y, a continuación, proseguimos nuestro recorrido por el pasillo circular situado detrás del altar principal. Después nos dirigimos hacia la otra nave, desde la cual subimos a la tribuna superior. Desde allí observamos la planta de la iglesia en su totalidad. Tenía planta de cruz latina y estaba formada por tres naves; la central era más alta y más ancha que las laterales. Las naves estaban separadas por pilares cruciformes y cubiertas, la central, por bóvedas de cañón, mientras que las laterales, por bóvedas de arista. Los muros, muy gruesos, estaban reforzados por contrafuertes exteriores y dos torres cuadradas enmarcaban la fachada occidental.

La zona del crucero tenía también tres naves organizadas de la misma manera que las anteriores y a ellas se adosaban cuatro pequeñas capillas. La cabecera, muy desarrollada, tenía cinco ábsides, cuatro de ellos semicirculares y uno, el principal, de planta cuadrada. Justo en la zona del crucero se encontraba una torre poligonal que, gracias a sus ventanales, iluminaba esta zona central del edificio (*Foto 16 Anexo*).

Tras haber explorado el edificio, Pierre recordó que este modelo de planta era común a otras iglesias de peregrinación francesas, como Santa Fe de Conques y San Sernin de Toulouse.

Además de la arquitectura, nos sorprendió también muchísimo la belleza de las portadas de la catedral.

El Pórtico de la Gloria, situado en la fachada occidental del edificio, es el que nos recibe a los peregrinos cuando entramos a la catedral (*Foto 17 y 18 Anexo*).

En el tímpano central de dicho pórtico, estaba representada la imagen de Cristo en majestad, mostrando las llagas en sus pies y manos, evidencia de su sufrimiento humano. Rodeándolo, aparecían los cuatro animales simbólicos de los evangelistas: águila (San Juan), león (San Marcos), toro (San Lucas) y hombre o ángel (San Mateo). A ambos lados de Cristo, están representados los ángeles que llevan los instrumentos de la Pasión: la corona de espinas, la cruz, los cuatro clavos, la lanza, etc. Junto a estos elementos aparecen también un pergamino, que simboliza la sentencia de Pilatos, y una jarra, que simboliza el lavatorio de las manos.

En la arquivolta que cubre el tímpano ya descrito, estaban representados los veinticuatro ancianos del Apocalipsis que portaban cada uno de ellos un instrumento musical. Las figuras presentaban un gran realismo al igual que los instrumentos mencionados.

En las jambas de la portada, estaban esculpidas en bajorrelieve las imágenes de los apóstoles, cada uno de ellos con su símbolo distintivo. También se encuentran representados algunos profetas como Isaías, Daniel, Jeremías y Moisés. Son figuras muy naturalistas que parecen estar llenas de vida.

En el parteluz aparecía representada la imagen esencial de la catedral, es decir, la imagen del apóstol Santiago. Bajo él, se halla una columna de mármol en cuyo fuste se narra el árbol de Jesé, es decir, la genealogía de Cristo desde Adán hasta María.

El Pórtico de la Gloria es obra del maestro Mateo, artista muy destacado y reconocido a finales del siglo XII. Su memoria todavía sigue viva entre nosotros un siglo después.

En uno de los dos arcos laterales se representan escenas del Paraíso, como las de Adán y Eva y el cautiverio de las tribus de Israel. En el otro arco lateral aparecen representadas imágenes del Juicio Final y del Infierno, tremendamente expresivas.

En la fachada sur del edificio se encontraba la denominada portada de Platerías, obra del maestro Esteban. Esta portada tenía dos tímpanos; en el de la izquierda, aparece un relieve con el tema de la Tentación de Jesús en el desierto, junto a otras escenas evangélicas. En el tímpano de la derecha, se representan otras escenas de la Pasión de Cristo junto a la adoración de los Reyes Magos.

Por encima de las arquivoltas aparecía un friso en el que se representaba el conjunto de los doce apóstoles. La figura que más destacaba en esta portada era la que representa al profeta David tocando el arpa. Está dotada de un gran naturalismo y movimiento, que podemos apreciar especialmente en los plegados de la túnica del profeta.

Tras la visita completa a la catedral, nos sentíamos deslumbrados ante tanta belleza y, sobre todo, muy ilusionados por haber finalizado satisfactoriamente nuestra peregrinación. Habíamos concluido una de las promesas que todo buen cristiano quiere cumplir antes de morir, pero nos invadía la nostalgia y la tristeza por tener que separarnos (*Foto 20 Anexo*).

VII. LA DESPEDIDA.

Nuestro viaje había concluido felizmente un día soleado del mes de mayo. Habían transcurrido siete meses desde que partimos de la pequeña ciudad llamada Puente la Reina pero sabíamos que nuestras vidas se habían unido ya para siempre, pues nunca podríamos olvidar la experiencia vivida en el Camino.

Cada uno de nosotros había intentado comprender a los otros, mostrarles otras formas de vida. Pierre nos enseñó el trabajo tan duro que cada día desempeñaba en su taller de Burdeos, las normas de funcionamiento que le imponía el gremio al que pertenecía: desde el suministro de materias primas, los horarios de trabajo, el precio y la calidad de los productos que se vendían... Llegamos incluso a imaginarnos cómo era la vivienda situada en la parte alta de su taller. Dos dormitorios y una pequeña cocina conformaban dicho espacio, muy acogedor, según Pierre nos llegó a relatar en alguna ocasión.

Por su parte, Froilán nos narraba cada día los trabajos que habitualmente realizaba en el feudo en el que residía. Su cabaña, en la que vivía con su mujer e hijos, era muy pequeña y estaba construida en madera con el tejado de paja. Era un lugar frío y desapacible, especialmente en los días de lluvia. Su vida consistía en el trabajo constante en las labores agrícolas. A veces combinaba esos trabajos con otros que desempeñaba en el horno y la herrería, incluso alguna vez tuvo que prestar servicio a su señor en el interior del castillo.

Mi vida como monje en Santa María de Ripoll también fue dada a conocer a mis compañeros. "Ora et labora" es el lema que resumía mi actividad diaria. Los días más agradables eran los que transcurrían en el *scriptorium* de la biblioteca de mi monasterio. Se me pasaban las horas sin darme cuenta transcribiendo códices antiguos e ilustrando otros nuevos.

Cada una de las personas que conocimos y cada uno de los monumentos que visitamos nos aportaron algo nuevo, algo que integramos en nuestras vidas y que todavía hoy nos acompaña y enriquece.

En este punto del relato quiero despedirme. Espero que estas líneas animen a otras personas a realizar el Camino de Santiago, que tan buenas y agradables experiencias nos ha proporcionado a nosotros.

VIII. BIBLIOGRAFÍA

- BANGO, I., "El arte Románico en España", Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1994.
- BUESA CONDE, D., "Jaca monumental", Ed. Everest, 2001.
- CHUECA GOITIA, F. "Prerrománico y Románico en Europa". Ed. Dossat, 1989.
- COBREROS, J., "Guía del Románico en España" Ed. Anaya, Madrid, 2005.
- CONANT, K. J., "Arquitectura carolingia y románica. 800-1200". Ed. Cátedra, 2007.
- DURLIAT, M., "El arte Románico" en *Introducción al arte medieval en Occidente*, Ed. Cátedra, Madrid, 1980.
- FERNÁNDEZ TAPIA, A., "Historia del Arte", Ed. Akal, 1999.
- GUDIOL, J. y GAYA, J.A. "Arquitectura y escultura románicas" en AA.VV. *ARS HISPANIE*, vol. V, Ed. Plus-Ultra, Madrid, 1985.
- OLAGUER-FELIÚ, F., "La pintura románica", Ed. Vicens-Vives, Madrid, 1989.
- OLAGUER-FELIÚ, F., "El arte románico español", Ed. Encuentro, Madrid, 2003.
- SUREDA, J., "Historia Universal del Arte. La Edad Media: Románico y Gótico", tomo IV, Planeta, Madrid, 1985.
- SUREDA, J., "La pintura románica En España (Aragón, Navarra, Castilla-León y Castilla). Ed. Alianza Editorial, 1995.
- VV.AA. "El Románico: eclosión de mil años de arte cristiano". Ed. Fundación Santa María la Real, 2007.
- VINAYO GONZÁLEZ, A., "Real colegiata de San Isidoro. El tesoro de León". Ed. Edilesa, 2004.
- VV.AA. "El Prerrománico y el Románico". Ed. Salvat, 2000.